

IX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¡Oh! En realidad estoy maldita desde que nací; esa maldicion que por un momento alejaste, cae de nuevo y más pesada que nunca sobre mi cabeza.

Llego á Paris; me hospedo en la fonda de la diligencia. Suben los baules á mi aposento, corro á la Convencion, me precipito en una tribuna, te busco con la vista entre los diputados; no te veo y pregunto cuáles son los girondinos.

Me enseñan los bancos vacíos.

—Allí estaban, me dicen.

—¿Qué estaban? ¿Y á dónde están?

—¡Encarcelados! ¡Prisioneros! ¡En fuga!

Vuelvo á bajar con intencion de interrogar á un diputado, cuya fisonomía me inspira confianza.

Me cruzo en el corredor con un representante.

En aquel momento una voz grita:

—¡Camilo!

Vuelve la cabeza.

—Ciudadano, le pregunto, ¿os llaman Camilo?

—Sí, ciudadana: es mi nombre.

—¿Sereis por casualidad el ciudadano Camilo Desmoulins?

—¡Para serviros! Ved si puedo seros útil en algo.

—¿Conoceis ó habeis conocido al representante de la Convencion, Jacobo Merey? le pregunté vivamente.

—Aun cuando perteneciente á un partido opuesto al mio, éramos amigos, me contestó.

—¿Podeis decirme dónde está?

—¿Sabeis si está proscripto ó preso?

—Hace diez minutos que no sabia estuviera proscripto. Acabo de llegar de Viena. Soy su prometida, y ¡le amo!

—¡Ah! ¡Pobre niña! ¿Habeis ido á su casa?

—Hace ocho meses que estamos separados, sin tener noticias uno de otro, y ni sé en dónde vivia.

—Yo lo sé: tomad mi brazo, iremos á la fonda en donde se hospeda: tal vez el dueño de la casa pueda darnos algunas noticias: por lo ménos sabrá si lo han preso en su casa.

Tomé el brazo de Camilo, atravesamos la plaza del Carrousel y nos dirigimos á la fonda de Nantes.

Preguntamos por el dueño: Camilo Desmoulins dió su nombre: nos hicieron entrar en un gabinete, del que tuvo la precaucion el propietario de cerrar la puerta.

—Ciudadano, le dijo Camilo; tú tenias hospedado en tu casa á un diputado de la Convencion, que era amigo mio y prometido de la ciudadana que me acompaña.

—El ciudadano Jacobo Merey; añadí yo.

—Sí; habitaba el entresuelo, pero desapareció el 2 de Junio.

—Escucha: nosotros no pertenecemos á la policia, repuso Camilo Desmoulins, ni al municipio, ni somos partidarios de Marat; por consiguiente, puedes fiarte de mí.

—Desde luego lo haria, contestó el fondista; pero ignoro lo que le ha sucedido al ciudadano Jacobo Merey: en la noche del 2 de Junio se presentó un gendarme con orden de prenderlo, y viendo que no estaba, ha permanecido aguardándolo anteayer y ayer, y comprendiendo era inútil, se fué.

—¿Y desde cuándo no habeis visto al ciudadano Merey?

—Desde el 2 de Junio por la mañana. Salió como de costumbre para ir á la Convencion nacional, y desde entonces no ha vuelto.

—Hasta las cuatro lo vi yo en su banco, dijo Camilo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y no habeis vuelto á saber de él? le pregunté desesperada.

—No.

—¿Pero cómo es posible que haya partido sin arreglar sus cuentas con vos? Eso no es probable.

—Todas las mañanas pagaba sus gastos el diputado Jacobo Merey, su alquiler de casa y demás, preveyendo que tal vez llegaría un día en que tuviera que emprender la fuga.

—El hombre que toma esas precauciones no las toma para dejarse prender, dijo Desmoulins. Tal vez se habrá dirigido á Caen con los demás proscritos.

—¿Con cuál de sus amigos los girondinos estaba en más intimidad? pregunté vacilando.

—Con Vergniaud, contestó el dueño de la fonda; le he visto venir con frecuencia á visitarle.

—Vergniaud debe estar preso, replicó Camilo; Vergniaud es muy perezoso para que se haya fugado.

—¿Cómo podriamos saber si ese amigo estaba preso?

—Muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Julia Candelle estoy seguro que debe saberlo.

—¿Y quién es Julia Candelle?

—Una actriz encantadora del teatro Francés, que ha hecho con Vergniaud *La hermosa granjera*.

—Pero la señorita Julia Candelle, ¿no temerá comprometerse?

—¡Oh! la pobre muchacha se arrojaría al fuego por él.

—Sí, pero quiero decir, ¿si temerá comprometer á Vergniaud?

—No le haré más que una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Él está preso? Me contestará sí ó no, de modo que nada hay en eso que pueda comprometerla.

—Vamos, pues, á casa de Julia.

El dueño de la fonda llamó á un cochero, subimos y Camilo le dió las señas de la actriz; cinco minutos despues llegamos al número 12 de la calle Borbon-Villanueva.

—¿Subís conmigo ú os quedais en el carruaje? preguntó Camilo. Por pronto que yo baje, siempre el tiempo os parecerá largo, os lo prevengo.

—Subo con vos: ¿mi presencia no la alarmará?

—Me esperareis en la antesala: si tardo mucho, nada importa que seas atrevida y que entreis.

Subimos rápidamente una escalera elegante; Camilo llamó: la camarera se presentó y abrió la puerta.

—¡Oh! exclamó antes que Camilo tuviera tiempo de abrir la boca; la señorita ha prohibido se le avise, y ha enviado á decir al teatro Francés que no representaría. La señorita no puede recibir.

—Mi hermosa Marton, dijo Camilo sin hacer caso de lo dicho por la doncella, decid á la señorita Julia Candelle estas palabras: *el ciudadano Camilo*.

La camarera entró y casi al mismo tiempo se oyeron estas palabras:

—¡Oh! Si es Camilo, que pase, que pase al momento.

Camilo me hizo una seña y pasó á la habitacion de la actriz: cinco minutos despues me llamaron y yo entré precipitadamente.

La amada de Vergniaud estaba en la cama con los ojos enrojecidos por las lágrimas; pero como la coquetería es natural en la mujer, tenía un traje como al descuido, delicioso.

Nunca se podía haber tomado mejor postura para llorar.

—Señorita, me dijo la hermosa artista, he sabido que sufrimos por las mismas causas y que el sufrimiento moral nos hace hermanas. Aunque soy muy desgraciada, ¿qué puedo hacer por vos? Eso será una especie de bálsamo para mis dolores.

Y me hizo señas para que me sentara encima de la cama.

Me acerqué y me tomó las dos manos.

—Ahora, hablad, decid lo que gustéis; me dijo.

—¡Ay! exclamé, solo una cosa tengo que preguntaros. Segun dicen, el hombre á quien amo era amigo del que vos amais. ¿Están presos juntos ó han huido juntos? Dándome noticias de uno, podéis dárme las del otro; decidme todo, os lo suplico. El hombre á quien amo se llama Jacobo Merey.

—Lo conozco, señorita. Me fué presentado por Vergniaud como uno de los hombres más distinguidos del partido de la Gironda. El 1.º de Junio, es decir, hace cuatro días, asistió á la última sesión, en la cual determinaron los girondinos retirarse á su provincia y sublevar los departamentos.

—¿Creeis que Jacobo haya adoptado ese partido? En ese caso podría figurarme en dónde estaria y en dónde podría yo encontrarle.

—No lo creo, porque al discutirse, su opinion fué contraria á ese pensamiento. Declaró que no se creia con derecho para ser en el interior un aliado de la Vendia, en el exterior un aliado del Austria.

—¿Y desde ese dia no habeis tenido noticia ninguna?

—Ninguna; y solo temo recibir de un momento á otro la nueva de que Vergniaud esta preso.

Y la señorita Candaille se limpio las abundantes y sinceras lágrimas que caian de sus ojos, con un pañuelo de batista bordado y perfumado.

—Por lo que escucho y por lo que estoy viendo, dijo Camilo Desmoulins, me parece que lo mejor que hay que hacer es que esta señorita, añadió dirigiéndose á mí, tome un hospedaje retirado y tranquilo para que nadie se fije en ella. Como hija de emigrado, como prometida de un girondino, no me parece su estancia en Paris exenta de peligros, y el tribunal revolucionario concluye muy pronto con los que le son sospechosos, y sobre todo con los que no lo son.

Yo, mientras se instala y permanece tranquila y aislada, me informaré, y Lucila ó yo llevaremos las noticias.

Miré á Julia Candaille, como interrogándola.

—Efectivamente, me parece lo más razonable segun mi opinion, dijo la encantadora actriz; si veo á Vergniaud, lo que dudó mucho, no porque yo ignore en donde está, sino porque la policía me espiará y esto me obliga á tener la mayor circunspeccion, si viera á Vergniaud, repito, le preguntaré, y si algo averiguo, en seguida advertiré á nuestro querido Camilo; contad conmigo en todo lo que yo pueda, mi jóven y hermosa amiga, continuó; nuestra causa es

la misma. Si nuestra amistad ha nacido entre lágrimas, no por eso será ménos duradera ni ménos íntima.

Y abrázandome otra vez se dejó caer sobre la almohada en una postura graciosísima.

—¿Qué decís? me preguntó Camilo cuando volvimos á subir al carruaje.

—Que en todo seguiré vuestros consejos y que soy de vuestra opinion.

—Pues bien: no perdamos tiempo para poner en ejecucion mi pensamiento. En la calle de Gres hay un hospedaje que debe conveniros perfectamente: tomaremos al pasar vuestros baules en la fonda, y vamos á verle y á instalaros en él.

—¿Pero y si no me conviene?

—Buscaremos otro, y no dejaremos el simon ínterin no encontremos lo que os convenga. En Paris no faltan ahora hospedajes desgraciadamente.

La casa de la calle de Gres me convino, y no podia haber encontrado otra cosa mejor y más á propósito. Se componia de dos habitaciones y un gabinete de tocador, muy aseado todo y con vistas á un patio; me instalé inmediatamente.

Dos horas despues recibí la visita de Lucila, quien se me ofreció y se puso á mi disposicion.

Lo único que deseaba y que ella podia proporcionarme era una doncella fiel y de confianza. Aquella misma tarde me envió una aldeana de Areis-sur-Aube: su madre era hermana de leche de Danton. Habia llegado á Paris recomendada á él, pero Danton estaba en Sevres entregado por completo á sus nuevos amores. El gladiador procuraba adquirir fuerzas para la lucha futura, la cual se preparaba ya.

Camilo le habia reemplazado con su paisana y la colocó á mi lado.

Se llamaba María, y de apellido Rey, de modo que al enviarla á Paris cambiaron por precaucion sus nombres, pues en aquella época todo era sospechoso, y la llamaron Jacinta Pommier.

Estos nombres eran sencillísimos y los otros eran un crimen segun las circunstancias.

Era una muchacha buena y honrada, de la que jamás tuve queja.

Algunos días después se presentó Camilo en mi casa: había recibido noticias de Caen y sabía que Guadét, Gensonné, Pethion, Barbaroux y otros dos proscriptos se habían refugiado en aquella ciudad; pero Jacobo Merey no estaba con ellos.

Un día me anunció Jacinta á Danton. Había vuelto á Paris. Sabía yo que Camilo y él habían sido tus mejores amigos, y Desmoulins me había dicho que Danton te había ofrecido su casa para asilo y que no habías aceptado.

Corrí á la puerta de mi cuarto, en donde casi siempre estaba, y aunque estuviera prevenida de la fealdad de Danton, sin embargo, al encontrarme frente á frente con él, dí un paso atrás.

—Bueno, exclamó riendo; otra mala pasada que me juega mi semblante.

Y añadió comprendiendo que quería disculparme:

—No importa; estoy acostumbrado.

Entró, tomó una silla, se sentó y me dijo:

—¿Sabéis lo que me ha hecho ser ateo? Mi fealdad. Algunas veces me he dicho que si Dios se ocupaba, aunque no fuera más que como consejero, para formar los seres humanos, era una injusticia que á vos, por ejemplo, os hiciera tan hermosa y á mí tan feo. No, prefiero acusar á la casualidad, es decir, á la materia, que produce sin ocuparse de la forma, cuando pienso que hay un hombre más feo que yo: ¿conocéis á Marat? Ese es quien me supera.

—No lo conozco, ciudadano; jamás le he visto.

—Procurad conocerle, y después podreis recibirme sin asustaros.

—Os juro, ciudadano, que no ha sido... balbuceé ruborizándome.

—No hablemos más de eso; hablemos de Jacobo Merey.

—¿Venís á darme alguna noticia suya? exclamé estrechando sus manos entre las mías.

—¡Ah! dijo Danton riendo, eso me embellece.

—Os lo suplico, ciudadano, decidme lo que sepáis.

—Nada sé, sino que os ama como un loco, y á fé mía tiene ra-

zon; nada existe tan bueno como el amor; tal como soy y con esta cara, estoy enamorado, enamorado de mi mujer, con quien hace pocos días me he casado. Un ángel, no tan bello como vos; pero digno de llevar con vos la cola del manto de la Virgen. No sé si sabreis que para casarme he reconocido todo eso, el Espíritu Santo, Dios padre, la Santísima Trinidad, todo, en fin. Me he confesado y me he purificado de piés á cabeza. Si supiera Marat todo eso, sería suficiente para guillotinar-me; pero vos no se lo direis, y en cambio os diré que á estas horas debe haber pasado la frontera Jacobo Merey, y que estará trastornando Viena para encontraros.

—¿Pero quién le ha dicho que yo estaba en Viena?

—Yo. Josephplatz, casa núm. 11: ¿era eso?

—¡Oh! sí: ¡Dios mio, Dios mio!

—Pues bien, si hubiérais tenido paciencia para aguardar, es probable que á estas horas estaríais en sus brazos.

—¡Por amor de Dios! Ciudadano Danton, exclamé, ordenad vuestras ideas ó me volveré loca.

—Es lo que deseo: veamos si os haceis cargo de lo que digo. ¿Conocéis la catástrofe del 31 de Mayo?

—¿La proscripción de los girondinos quereis decir?

—Sí; que no se efectuó realmente sino el 2 de Junio: ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien; hacia largo tiempo que Jacobo me había confiado su amor por vos, rogándome averiguase en dónde os encontrábais. Inútil es decir os cómo pude saberlo y obtener vuestras señas, las que recibí el 30 de Mayo, de modo que el 2 de Junio, al despedirme de él, al ofrecerle un asilo en mi casa, el que rehusó pretextando tenía otro más seguro, pero en realidad por no comprometerme, al darle el último adios le dejé en su mano un papel que decía: *Josephplatz, núm. 11, Viena.*

—¿Y entonces partió?

—Lo creo así.

—¿De modo que se ha salvado?

—No abrigueis demasiada confianza en ese punto. La Providencia lo puede todo, pero hay ocasiones en que es caprichosa. Todavía no tenemos noticias tuyas; ya sabéis el refrán: *cuando no hay noticias, son buenas.*

—Pero entonces, añadí vacilando, ¿qué pensar?...

—Hablad.

—Por el mismo medio que habeis sabido mis señas, ¿no podríamos adquirir noticias tuyas?

—Lo espero así.

—¿Qué debo hacer?

—Lo que habeis hecho en el extranjero mientras Jacobo estaba aquí: esperar.

—¡Esperar! ¡Es tan largo esperar!

—¿Qué edad teneis?

—No he cumplido diez y siete años todavía.

—Podeis aguardar un año, dos, tres, sin que por eso temais que á su regreso os encuentre envejecida.

—¿Creeis que dentro de dos ó tres años habrá concluido todo?

—¡Pardiez! Cuando no haya nadie á quien guillotinar, será forzoso que se cambie de rumbo, y al paso que vamos, no se tardará mucho.

—Pero él...

—Sí; comprendo: él solo os preocupa y os causa inquietud.

—¿Creeis que haya pasado la frontera? ¿Que se haya salvado?

—Hoy estamos á 20 de Junio. Si le hubieran detenido se sabría. Si se hubiera matado, también se sabría; pero cuando se ama, no se trata de morir, sino de vivir. Todas las probabilidades son que habrá podido pasar al extranjero; voy á poner en campaña mi policía, y á las primeras noticias que tenga volveré á veros, á ménos que...

Se echó á reir.

—Ciudadano Danton, le dije; ¿quereis que os bese en recompensa de las noticias que me habeis dado?

—¿A mí? exclamó admirado.

—Sí; á vos.

Acercó á mi rostro su horrorosa fisonomía y le di un beso en cada mejilla.

—¡Ah! Pardiez, preciso es que le ameis con delirio.

Y salió riéndose.

—¡Oh! Sí; te amo, te amo con toda mi alma, amado mio, y haría otro sacrificio mayor que besar á Danton para volverte á ver.

Algunos dias despues volvió á verme Danton.

Su rostro manifestaba profunda tristeza.

—¡Pobre niña! dijo; hoy no deseareis darme un beso.

Me quedé petrificada, inmóvil, y palidecí densamente.

Hice un esfuerzo supremo.

—¡Dios mio! exclamé, ¡ha muerto!

—No; pero ha salido de Europa: se ha embarcado en Stettin.

—¿Para dónde?

—Para América.

—¿Entonces ya no corre ningun peligro? pregunté.

—Uno solo: el que le nombren presidente de los Estados-Unidos.

Dí un profundo suspiro y tendí la mano á Danton.

—Puesto que nada tengo que temer por su vida, paciencia. Hoy no os daré un abrazo y un beso; hoy me abrazareis vos.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

¡Oh, mi amado Jacobo, qué corazón de oro bajo esa ruda corteza!